**Producir frutos con perseverancia** (Lc 13, 1 – 9)

Celebración inicial de la Escuela para Formadores

*Homilía P. Milton Zonta SDS*

La higuera es uno de los arboles más comunes en Israel y, generalmente es sembrado en el medio de las viñas. En cierta ocasión Jesús explicó una pequeña parábola, utilizando la imagen de una higuera que no daba frutos. El relato del Evangelio es breve y claro. Un propietario tenia plantada una higuera en medio de su viña. Durante mucho tiempo había venido a buscar fruto en ella y no lo encontraba. Por lo tanto, el dueño de la viña toma la decisión más sensata: la higuera no da fruto y está ocupando inútilmente un terreno, lo más razonable es cortarla.

Sin embargo, la gran novedad viene de la reacción del viñador, el hombre que cuidaba la viña. El viñador propone: ¿por qué no dejarla un poquito más? Él conoce aquella higuera, la ha visto crecer, la ha cuidado y no la quiere ver morir. Lo que él hará es dedicarle más tiempo y más cuidados para ver si el árbol produce fruto. De modo que, sostenida por el amor, la confianza y la solicitud de su cuidador, la higuera queda invitada a dar frutos.

Así termina la parábola. Sin embargo, podríamos preguntarnos: esa higuera ¿sabrá responder esta llamada? ¿Para qué sirve una higuera si no produce frutos? O quizás, en nuestro caso: ¿para qué sirve nuestros programas de formación si ellos no producen frutos salvatorianos? Como podemos ver, esta parábola, además de ser una invitación a reflexionar sobre los frutos de nuestro seguimiento de Jesús, también nos lleva a pensar en tres aspectos importantes de nuestro servicio en el campo de la formación salvatoriana.

*Un árbol que no da frutos* - Tal como a la higuera, un riesgo que nos amenaza a todos es terminar de vivir una vida estéril y sin creatividad. Por lo tanto, todos necesitamos estar muy atentos para que no nos domine el estilo de vida cómoda, rutinaria o hasta quizás llegar a un activismo superficial. He visto tantas veces que cuando esto nos sucede sigue también el abandono de la reflexión, de la vida de interioridad y el estudio. No creo que nosotros seamos buenos formadores sino dedicamos el tiempo necesario de encuentro con aquella Persona a la cuál hemos decidido donar la vida. ¡Cuánto nos hacen falta salvatorianos que tienen su vida centrada en Jesucristo! Salvatorianos con el fuego de la misión en el corazón. Si no buscamos un nivel de calidad espiritual y cultivamos un celo apostólico similar al del P. Francisco Jordán, ¿cómo podemos esperar que los jóvenes asimilen bien el carisma salvatoriano que, en definitiva, se transmite fundamentalmente con la propia vida? Las palabras no son suficientes cuando no son acompañadas del testimonio de vida y de misión.

*La acción del viñador –* Otro detalle de la parábola que merece la atención, es la actitud del viñador. Él se interesa por la higuera. Él se ofrece a darle más cuidados que antes. Él espera que la higuera produzca fruto no sólo por su propia cuenta o fuerzas, sino también gracias a su acción y apoyo. Desde este punto de vista la figura del viñador nos remete a la tarea del formador que dedica su tiempo para escuchar y acompañar a los jóvenes. No basta hacer un doctorado para ser formador, porque su servicio no es llenar la cabeza con conceptos ni tampoco llenar las paredes de títulos. El formador tiene una vocación dentro de la propia vocación. La misión de un formador es mucho más que pasar o transmitir información. Su labor es formar el corazón, que es el verdadero núcleo de la persona, donde se mueven sus intereses reales, sus sentimientos. Se trata, por lo tanto, de ejecutar el cuidado mismo que el viñador ofrece a la higuera para que produzca frutos.

*La paciencia de Dios* – El relato del Evangelio hace visible que el propietario atiende la suplica del viñador de no cortar ni tampoco destruir la higuera. Esta decisión nos lleva a pensar en la paciencia de Dios. Alguna vez nos hemos realizado: ¿cuán grande es la paciencia de Dios para con nosotros mismos? A veces nosotros somos muy rápidos con juzgar, clasificar, separar los buenos de los malos. En cambio, Dios ve la vida de cada persona con paciencia y misericordia: ve mucho mejor las fallas y el mal, que nosotros. Dios ve las potencialidades de cada persona y mira hacia adelante con confianza para que crezca. Dios es paciente y sabe esperar. Dicho de este modo, la paciencia es sin duda alguna, una de las virtudes de los formadores. Delante de ciertas situaciones de superficialidades o inmadurez de los jóvenes o de alguno de nuestros cohermanos, estamos llamados a imitar la paciencia de Dios que consiste en saber perdonar y esperar. Nunca olvidemos que al final todos seremos juzgados con la misma medida con la que juzgamos. La misericordia que hemos usado hacia los demás se utilizará también con nosotros.

Por fin, queridos hermanos, el Evangelio es siempre la regla fundamental que sostiene nuestra vida. Particularmente en el campo de la formación no basta organizarse mejor u organizar solamente las estructuras. Me gustaría ver la formación salvatoriana como un itinerario de vida que da frutos porque está enraizado en una unión vital con la Persona de Jesucristo. Sólo cuando el Divino Salvador es el centro y la fuente de nuestra vida, sólo entonces - como ha dicho nuestro Fundador - lograremos pensar como Él, actuar como Él, ver el mundo y las cosas con los ojos de Jesús.